

zado no es frecuente... ¿no? Pero, señores, ¿no chocamos?

Mientras Rouletabille contaba su historia fué dando fin el almuerzo; se había tomado hasta café y se saboreaba ya el vasito de aguardiente del país, que allí llaman los aldeanos *grappa*. Es un licor muy regocijante que calienta el estómago e inunda de alegría el corazón.

Al segundo vaso, *Camiseta* desparramaba la vista abotargado.

—Después de lo que les he contado—dijo Rouletabille meneando la cabeza—, sería imperdonable...

—A fe mía, joven—declaró bruscamente *Camiseta*—, previamente... ¿tiene usted razón! Pero ¿qué hace aún ese diablo de botella?

—Voy a devolverla—resolvió Rouletabille, y salió de la sala con el peligroso frasco.

El que por curiosidad hubiera seguido al repórter hubiérale visto un minuto después verter el líquido de la botella en el pesebre, recién abastecido nuevamente, de los caballos... «No me place que los gendarmes se emborrachen—masculló el repórter entre dientes—; en cuanto a sus caballos, ya es otra cosa.»

CAPITULO XXIV

EN EL CUAL LOS ACONTECIMIENTOS SE DESARROLLAN
COMO PREVIOU ROULETABILLE

LA partida de la hostería ocurrió sin incidentes dignos de mención. Menos los detenidos, todos iban alegres: Rouletabille, los gendarmes y hasta los caballos... Estos principalmente retozaban con una viveza que no desplacía a *Camiseta* y a Cornouilles, ufanos de ser muy diestros jinetes.

—Parece que están un poco nerviosos—dijo sencillamente *Camiseta* al montar a su potro—. ¡Buena ración de avena les habrá dado, Cornouilles. ¿Viene usted, señor Rouletabille?

—Noto que un pneuma se ha deshinchado—contestó el repórter—. Vayan ustedes delante; doy un bombazo y les alcanzo en seguida.

Partieron. Los caballos empezaron a hacer extrañas cabriolas.

—Quizás estén resabiados — expuso Cornouilles —. Como no los conocemos.

—¡Si han venido tan tranquilos! ¿Qué les coge? —exclamó *Camiseta* casi rebotando de la silla por bruscas coces inesperadas.

—¡Vaya! ¡La cochina bestia! —gritó a su vez Cornouilles—. ¿Es que se comunican o charlan así?

Su caballo, en efecto, acababa de encabritarse como si se dispusiera a terminar el viaje andando sólo con los cascós traseros.

—Arréale un buen golpe en los hocicos... Es lo mejor para cuando se encabritan —le gritó *Camiseta*.

—Voy a enseñarte cómo me llamo.

Los caballos partieron entonces a galope endemoniado y desaparecieron con los jinetes en un torbellino de polvo como esos grupos mitológicos, héroes o semidioses, que se ocultan a las miradas de los pobres hombres, envueltos en la nube que en su socorro Júpiter envía.

Mas ¡ay! Cuando la nube se disipó y la mirada del hombre pudo alcanzar el grupo de *Camiseta* y Cornouilles, pudo verse a dos jinetes desmontados, desamparados y afligidos, arrastrándose molidos por la carretera, lanzando gritos inarticulados, volviendo la mirada extraviada, ya hacia Poniente, punto de desaparición de sus diabólicos caballos, ya hacia Levante, por donde se espaciaba ante ellos la carretera desierta, esto es, limpia de los detenidos confiados a su custodia.

Entonces se irguieron sobre la cuneta y pusiéronse a

lloriquear como niños que han perdido a su madre. ¡Los caballos! Eso era fácil de hallar, ¡pero los prisioneros!

—Quizás Rouletabille se lance sobre sus pasos—suspiró Cornouilles...

—No quedamos por ello menos... deshonraos—replicó con voz cascada el pobre *Camiseta*.

En esos momentos, el grupo jadeante que rodeaba a Andrés y a Calixta, libres ya de las esposas, descendía por el atajo oculto tras el bosquecillo de castaños, en donde ya aguardaba con su auto y puestas las manos en el volante el chofer, de piel ambarina y mostacho de violinista húngaro, pronto a partir...

—Este es el hombre que ha venido a buscarnos y todo lo ha dispuesto—explicó el jefe de la cuadrilla a Andrés—; puedes tener confianza en él, tiene el signo...

No hubo más explicaciones; Andrés y Calixta saltaron al auto, que zarpó veloz. Los bruscos vaivenes los entrecocaban. Andrés acabó por ofrecer como reclinatorio su pecho a la joven con gesto de mando, al que se sometió dócil Calixta. El chofer les echó una manta, con la cual se taparon. Media hora después moderó la marcha un poco, se volvió y enseñó el signo, ante el cual se inclinó Andrés, y clavando en él sus ojos a través de los anteojos de automovilista, le preguntó:

—¿Adónde les llevo?

Calixta le contestó con una palabra o más bien con un nombre, el de una pequeña estación fronteriza, a la que llegaron aquella misma tarde sin incidente alguno.

Allí descendieron los bohemios y Calixta dió las gracias a su salvador desconocido...

El chofer les propuso llevarles más lejos, pero ellos declinaron la oferta. Nada ya tenían que temer; podían ya considerarse en la frontera. No necesitaban pasaporte para pasar por Suiza... y podían a la media hora tomar el primer tren, si su desconocido salvador les daba algún dinero...

—Esto es lo que me han encargado que les dé...— dijo éste vertiendo unos billetes en la mano de Calixta.

—Puede usted decir a quién le ha enviado que ya no arrostramos ningún peligro—dijo Calixta—; por lo demás, espero que volveremos a vernos pronto. Las fiestas se acercan—agregó mirándole con mucho misterio.

—Pronto—replicó el chofer en voz baja—, en *Lever Journ.*

Calixta le selló los labios con el dedo y empujó a Andrés hacia la estación. Subió el chofer al auto y desapareció veloz por el recodo de la carretera.

Media hora después, Andrés y Calixta se acomodaban en un departamento de tercera clase... Calixta continuaba arrebujaada en una manteleta que cubría sus harapos. Cerró los ojos y pareció que dormía.

Andrés no cesó de contemplarla. Había vuelto a ellos, se veían libres y era suya.

Pronto sería su esposo a usanza gitana y sus bodas se celebrarían una de las próximas noches en el recinto del eterno templo, entre los musgosos troncos de alta arbo-

leda iluminada por las lámparas del firmamento. De tal modo le absorbía este ensueño, que no reparó en el perfil de rostro que apareció en el cristal del triángulo encajado en el tabique... Si hubiera a su vez mirado por ese cristal, viera cómo el rostro se separaba... era la cara de un señor muy fuerte, de tez encendida, orlada de barba rubia como la llama y magníficamente espesa... El señor se sentó tranquilamente en su sitio junto a una mujer gruesa, que llevaba en brazos desnudos a un niño de unos cuatro o cinco años. El barbudo viajero sacó del bolsillo un cuaderno y estuvo largo rato absorto, al parecer, en la tarea de consignar algunas notas.

Cuaderno de Rouletabille.—He aquí que por fin llegué al punto deseado. Viajo en el mismo tren que lleva a Calixta al lugar donde se halla Odette.

Si relaciono aquello de que me enteré en casa del señor Camousse con las conversaciones sorprendidas, ya junto al campanario de Ozont, ya en torno de la gruta de Zina, y si relaciono todo esto con el propio texto del Libro de los Antepasados, es para mí ya indudable que Odette es por su madre de origen zingaro y a la fuerza se la llevan a *Levern Journ* a título de reina anunciada por las escrituras.

Sin embargo, el Libro de los Antepasados habla de una señal en la espalda, de una señal en forma de corona.

... Ahora bien: parece ser exacto, y hasta podía decir que es un hecho, pues no tengo motivos para desconfiar en este punto de las afirmaciones de Estéfana, que

Odette no tenía, no tiene señal alguna... *Por tanto, todo ello me induce con fuerza a pensar que Zina, para salvar a Odette, fraguó la señal.* Estas viejas hechiceras conocen secretos y modos de imprimir sobre la piel manchas y señales que parecen indelebles, y así puso a Calixta y a Andrés *en presencia de la Reina!*

Esta deducción que desprendo de los acontecimientos ha sido mi fuerza y mi confianza, pues sabía por ella que *nuestra Odette*, en manos de los bohemios, no corría peligro alguno y sería tratada como adorada majestad, pero no podía dar a Juan ese consuelo... y hasta me pregunto cómo acogerá, cuando la conozca, esta verdad que hoy me parece evidente: *Odette es una gitanilla... Odette no es hija de la señora de Lavardens.* ¡No! Yo no tengo derecho a decir esto a nadie, mientras no sea absolutamente necesario, y mucho menos a Juan.

¿A qué disimular que no siempre me otorga su cordial afecto? La sospecha que le roe le hubiera llevado quizás a acoger tal confianza como abominable invención mía, hija del propósito de alejarle de *nuestra Odette*.

Conclusión: he hecho bien en callarme.

¡Ah! ¡Cuántas cosas me ha revelado el Libro de los Antepasados!

Primero: los motivos de mi saqueo.

Desde que Hubert les robó ese libro, los bohemios lo buscaban por todas partes.

Me imagino ahora la emoción que debió de producir en el Landerneau cingaro (Lever-Jurn) el artículo en que

reproduce el *texto exacto* de la predicción de las Escrituras, en el que se anuncia el advenimiento de la Reina con la señal en la espalda.

Inmediatamente creyeron que en mi poder estaba el libro y que era yo el que se les había robado. De aquí la visita un poco brutal que recibí cierta noche y el saqueo de mi biblioteca.

Ahora bien; yo conocía ese texto por Olajai, que me lo recitó un día en que le hablé de la decadencia a que había llegado su raza... Y él se lo sabía, como buen cingaro, de memoria.

Pero si mis asaltantes no dieron en mi casa con el libro que buscaban, pronto, en cambio, averiguaron que me servía un cingaro...; de aquí el viaje precipitado de Olajai a Santas Marías del Mar. Debí de recibir el mandato de dar aquí explicaciones y le fué forzoso confesar que su indiscreción me reveló el secreto de los bohemios, indiscreción que los acontecimientos iban a agravar sobremanera.

La Raza, en efecto, esperaba para este año el advenimiento de la Reina prometida, y quizás la esperaban hasta sin la intervención de Zina. Ocurrió que el rapto de la señorita de Lavardens, las revelaciones de Zina a sus congéneres en cuanto al origen de la joven y la coincidencia de la muerte trágica del señor Lavardens eran sucesos que comprometían no poco la estancia de los bohemios en Camargue *después de la publicación de mi artículo.*

¡De aquí el terror de Olajai cuando nos vió por aquellos parajes! ¡De aquí sus súplicas y sus *amenazas* para obligarme a huir! Mi presencia allí era tan peligrosa para él como para mí. Se exponía quizás a pasar por mi cómplice.

Y sus hermanos, los cingaros, debieron de tenerle aún entre cejas, pues no se le volvió a ver más desde que abandonaron a Camargue...

Sin duda le obligaron a seguirles.

Así todo se explica y todo se encadena...

El Libro de los Antepasados me ha enseñado aún otra cosa...

Se me planteó el problema de saber si Hubert fué cómplice de Calixta... Hubert viajó por el país cingaro, robó el Libro de los Antepasados, cuya pedrería fué en gran parte la base de la pequeña fortuna traída del extranjero... sé que conoce y lee el cingaro... Por tanto, no desconocía la promesa de una gran recompensa hecha al que devolviese el libro...

Hubert, a haber sido cómplice de Calixta, hubiera dejado este libro comprometedor en el sitio adonde tuve buen cuidado de restituirlo y hubiera corrido al paraje donde sabía que Odette se hallaba; en este caso me hubiera sido fácil seguirle...; pero su primer cuidado fué llevarse consigo el libro, el libro que ha de valerle la recompensa, y nadie puede dudar de que como recompensa exija a Odette. Por tanto, la desaparición del libro me prueba que Hubert no es cómplice... Pero ¿hacia dónde

se apresura? Corre seguramente hacia Lever Jurn... hacia Lever Jurn, donde reside el que manda sobre toda la raza... No he de preocuparme, pues, de Hubert, sino de Odette... que va también a la fuerza hacia Lever Jurn por caminos tortuosos, pues los cingaros desconfían... los cingaros, sabedores de que todo lo presiento y de que no ignoro que el recuperar a Odette les quito a su Reina... Calixta ha entendido bien mis alusiones a este respecto en el despacho del juez y su réplica vengativa «*no hallarán jamás a Odette*» me corrobora la idea de que no hay que buscarla por la vía recta de Lever Jurn.

Pues bien, ahora Calixta va en persona a llevarme a la presencia de Odette, va personalmente a entregármela... ¡Ah!, me urge ahora, me urge obrar. Me juego el todo por el todo. Si pierdo, Odette llegará antes que yo a Lever Jurn y de allí ningún poder del mundo nos la podrá devolver.

Conozco a esta raza; morirían antes todos, hasta el último, con su Reina, bajo los muros de su templo... ¡Pero les gano... les gano la partida!...

¡Ah! ¡Catástrofe!

CAPITULO XXV

PELIGROS QUE OFRECE VIAJAR CON ESPLÉNDIDA BARBA

El tren acaba de detenerse en una pequeña estación. La mujer gorda que llevaba a un niño en brazos se levanta y el niño se despierta. La buena mujer quiere bajar. El señor de la áurea barba espléndida se guarda el cuaderno en el bolsillo y abre la portezuela. La viajera cede un momento el niño al viajero complaciente y baja, y a continuación se vuelve, extiende y abre los brazos para recoger a su retoño.

El niño estaba contemplando entonces, con embeleso no disimulado, la áurea barba espléndida del señor que le sostenía como la más preciosa y, al mismo tiempo, más pesada... carga... en una palabra... ardía en prisas de dejarla...

Desgraciadamente, el niño no compartía esas prisas. No todos los días se tiene la suerte de topar en un coche de tercera con barba tan áurea y tan espléndida, y la separación es siempre dolorosa. El niño se agarró con

todas sus fuerzas a aquel bosque de pelambre; grita el señor, chilla el niño y la madre grita aún más fuerte que ellos dos porque el tren arranca.

Los gritos atrajeron a Andrés y a Calixta hacia la contigua portezuela a tiempo de ver cómo la gruesa mamá nerviosamente se apoderaba del niño, que blandía en su manita crispada una magnífica barba de refulgente color leonado.

Desde dentro repelieron brutalmente la portezuela con hurraño gruñido.

Calixta se apresuró a mirar por el ojo de cristal del tabique y vió a un señor sin barba y al parecer juicioso, harto conocido de ella. En aquel momento el señor salía precipitadamente hacia el pasillo en busca de un rincón que le hurtase a la vista de los bohemios... pero, como hemos dicho, era ya tarde... Dos seres se abalanzaron contra él como salvajes y le arrojaron a la vía.

Cuaderno de Rouletabille.—Mal momento el de un caer de un tren, sobre todo arrojado con violencia, cuando se ve encima y a toda marcha otro convoy sin más misión al parecer que reducirnos a papilla; pero en ese instante, si uno no revienta, puedo jurar que el resto de vida que quede basta para salvarla...; logré aún dar un salto, que me echó fuera de la vía, y a raíz pasó junto a mí la «apisonadora» soplando y escupiendo de rabia. Y allí hubiera permanecido largo tiempo si un cabrero, que lo vió todo, no corre y me presta socorro. El me enseñó un mal albergue rayano con el bosque, aislado y como perdido

en aquel desierto... y aún tuve fuerzas para llegar a rastras hasta allí.

Me subieron a un cuarto del primer piso y allí recibí los primeros cuidados.

Aunque tenía todo el cuerpo molido, no sufrí rotura alguna, si bien me pareció toda la espalda izquierda descoyuntada. Sobre todo me sacaba de quicio aquel percame. ¡Fué tan inesperado y tan tonto!

Sin embargo, no me exasperé porque sabía para qué estación tomaron billete y esa estación no debía de estar lejos del sitio en que me hallaba; supe que este sitio se llamaba New-Wachter y albergue Furst Joseph. Como me sentía completamente deshecho, por mediación del cabrero mandé un telegrama sin más señas que Juan en Lavardens, y en él decía: «Estoy herido, ven inmediatamente». Para mí era indudable que vendría al punto. Por lo demás, estaba decidido a no esperarle, y si horas más tarde me encontrase mejor, a hacerme con un auto a toda costa y alcanzar a mis dos indecentes pájaros...

Estando tumbado en el lecho y con la ventana abierta, oí de pronto los sonos de una guzla que acompañaban una extraña melopea... Fuí a rastras hasta la ventana, y desde lo alto de mi observatorio—el albergue se erguía sobre una eminencia—vi en el centro de un claro del bosque campamento muy importante de bohemios... Estaban al parecer entregados al holgorio. Habían encendido hogueras y danzaban en torno.

Un presentimiento me conmovió de pies a cabeza.

Llamé... Se presentó una joven. Le dije, señalándole a aquel lejano grupo:

—Todos estos bohemios son más o menos curanderos. ¿Quieres ver si hay alguno que me arregle la dislocación de la espalda?

La joven se fué en seguida; cerré la ventana, dejando el cuarto en penumbra; modifiqué los rasgos habituales de mi cara y esperé...

Aquí terminan las notas, al parecer súbitamente interrumpidas.

En la página siguiente se ven estas líneas febrilmente escritas.

Ha venido una vieja...; la he interrogado hábilmente... ¡es Zina! ¡es Zina! ¡Juraría que es Zina! Y Odette está ahí, ahí, a unos centenares de pasos de mí... ¡Estoy seguro! ¡Odette! ¡Odette! ¡Ah, mi querida Odette! Odette, a quien amo como querida y frágil hermanita... ¡estás salvada!...

Y luego esta línea apenas pergeñada en veloces caracteres:

Pero ¿quién llama con tal violencia a la puerta del mesón y a hora tan intempestiva?

CAPITULO XXVI

¿QUIÉN SABE SI DUERME O SI ESTÁ DESPIERTA?

YACÍA tumbada sobre jirones de mantas, extendidas allí por los cíngaros para que descansase, oreada por la frescura del crepúsculo y bajo el primer centelleo de las estrellas; gozoso y abatido a la vez llevaban el corazón.

Devolvían a la ciudad santa a su reina por fin hallada, pero ¡continuaba tan lejos de ellos! En todo el viaje no les había dirigido la palabra ni contestado a una sola pregunta; una vez intentó escaparse.

Volvió la cabeza cuando alguien se acercaba.

Sólo conocía a Zina, a la cual maltrataba con frecuencia y con la cual tenía furiosos altercados, que siempre acababan en lágrimas por una y otra parte. Nunca lloraba ante los demás cíngaros. Era para ello demasiado arrogante; pero les mostraba ojos tan tristes, que ellos tenían por tal motivo el alma acongojada.

A veces trataban de distraerle contándole historias, o